

Liuvan Herrera
Carpio

*Leyendo a Ambrosio
Fornet desde un poema
de Lourdes Casal*

IE

El motivo — tan helénico — del viaje, trágico en su circularidad, insta el discurso de la persona lírica en el poema «Para Anna Veltfort» de la cubano-americana Lourdes Casal. Vale destacar solo unos versos como trampolín para iniciar la lectura del conjunto de ensayos *Narrar la nación* (Ed. Letras Cubanas, 2009) del ensayista, guionista y narrador Ambrosio Fornet (Veguitas de Bayamo, 1932).

*Parece como si pudiera tocar el verano en la frente sudorosa/del ciclista/que viaja agarrado de mi ventanilla.*¹ El sudor, esquiva metonimia del trópico, emerge — *deus ex machina* — en el drama casaliano, a partir de la fugacidad, o mejor dicho, de la intermitente confluencia de identidades, que da al traste — y que pudiera recordar si se quiere, toda la literatura de corte nacionalista desde José María Heredia hasta nuestros días — con un rostro no muy bien entendido por la promoción de escritores del nuevo milenio: lo considerado *escritura* cubana.

Esta alteridad hace confesar a la sujeto en una especie de extrañeza espacial, es decir, el coloquio se erige desde el cisma que provoca el movimiento del ómnibus, que impide a su vez afincar

¹ Jorge Luis Arcos: *Las palabras son islas. Panorama de la poesía cubana. Siglo xx*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1999, p. 361.

tierra alguna y aquí entonces niega toda relación posible con metáforas de conquista y pertenencia; y escoge una *latitud*, definida en su esencialidad, por parte de la labor ensayística de más de cuatro décadas (1967-2008) que este volumen representa.

La dramaturgia del tomo se diseña a partir de una concatenación de posturas que desde una focalización sociológica, en mayor término —donde se avizora ya un posible padre tutelar: Arnold Hauser—, establece el análisis en cinco secciones: «Cartografiando identidades», «Narrar la nación I» «Narrar la nación II», «Nación y Diáspora I y II», y «Recapitulaciones».

El tormentoso marasmo conceptual que ha significado para nuestra historiografía el tema de la identidad será auscultado por Fonet en la primera de ellas. Aunque su sagacidad decida definirla desde la exactitud matemática «factor igual a sí mismo», «sea cualquiera el valor de las variables que su expresión contiene [o sea] unidad en la diversidad»,² el valor del recurso verbal será catapultado como medular en la perdurabilidad semiótica de una cultura. Si bien no deberíamos confundir identidad con tradición, porque en la primera siempre se establecen *sine quan non* relaciones de poder, desde la Grecia antigua la categoría se imbrica con la memoria comunal, a tal punto que el conocimiento de la épica por los ágrafos sirvió de tabla de salvación para la eticidad cabal del ciudadano, pudiéndose entender —según el autor— como otredad.

Refiriéndose al contexto americano y tomando apoyatura en Cintio Vitier, interpreta la «inversión dialéctica» que significó la Independencia como negación de la Conquista, como fuerza prístina que hallaba en la utopía la verdadera identidad de nuestra América. Claro está, una utopía no escanciada en odres mitológicos o en proyectos filosóficos y socialmente rectificatorios a ensayar en el nuevo mundo; sino en el orden de la justicia común para los continentales.

Ahora, escrutando también el polémico pero necesario *Ariel* de Rodó, puesto que sin su existencia el calibanismo no se hubiera ejercido desde su condición contrastante como imagen matriz para la re-definición del ser americano; Fonet aplica esta dualidad ya clásica en la ensayística latinoamericana al conflicto hispano-cubano-americano, donde, en aras de defen-

² Ambrosio Fonet: *Narrar la nación*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 2009, p. 11.

der una supuesta causa común, el español Blanco, ante la invasión norteamericana asume el papel del contrahecho shakespeariano, y propone un pacto al jefe del Ejército mambí, para luchar contra el invasor.

Veamos aquí cómo el ensayista da otra vuelta de tuerca al considerar la embestida Ariel-Calibán no sólo como helenismo *vs.* mestizaje, sino que su particular apropiación será entendida desde el tiempo histórico que une las tres esencias en pugna, donde el Calibán mambí se autentifica en el principio americano de la libertad que aunaba tanto a Washington como a Bolívar.

Néstor García Canclini, al detenerse en los procesos de hibridación que trae consigo la modernidad, ha sostenido: «Estos procesos incesantes [...] llevan a relativizar la noción de identidad [...] El énfasis en la hibridación no sólo clausura la pretensión de establecer identidades “puras” o “auténticas”». ³ Ante el «continente sin historia», término tristemente hegeliano, el ensayista opone la asimilación de modelos ideológicos por el criollo ante el denominado *colonialismo interno*.

En la sección 2, homónima al título del libro, se logra un paralelismo muy provechoso al comparar el desafío de la modernidad ante las obras de José Martí y Nicolás Heredia. He aquí, dentro de las disquisiciones que supone el andamiaje terminológico erigido alrededor de lo moderno, una muestra del lúcido narratólogo que es Fornet: al analizar la novela *Leonela* (1893), de Heredia, disecciona su drama a partir del conocimiento de las funciones metonímicas de sus personajes. El análisis se centra en la armazón paralela de los sistemas de personajes y de la narración, ambos «precipitados» al insondable furor de la tecnolatría, representado en un individuo canonizante, hijo legítimo de la industrialización y la celeridad mecánica. Visión discursiva de la historia, revisión a partir de las embestidas simbólicas de la modernidad: civilización/barbarie; civilización/cultura; espiritualidad latina/pragmatismo anglosajón.

En pos del reordenamiento de lo considerado literatura fundacional, escudriña la narrativa de campaña — desestimada por el canon historiográfico literario — en pos de considerarla épica criolla, consciente de su legitimidad como obras significativas

³ Néstor García Canclini: «Noticias recientes sobre la hibridación», versión digital.

del carácter pesimista y frustrado de la conciencia colectiva, al caer esta escritura «en formas estereotipadas y folletinescas». El caso Andrew Rowan –teniente americano que tiene la misión de contactar a Calixto García sin ser visto por los españoles– es *narrado* desde los resortes del más laso melodrama, que el autor desmitologiza, alegando que el cuadro narrado carece de profundidad, léase sinceridad argumental, que demostrara que en la manigua se fraguaba un «ambicioso proyecto de justicia social».

El ensayo «En blanco y negro» –que data de 1967 y, al decir del autor, *alma mater* de su producción posterior– evalúa la producción narrativa insular desde sus orígenes hasta los escritores que conformaron la primera generación revolucionaria en los años sesenta del pasado siglo. Pudiera creerse que nos encontraremos con un riguroso recuento de obras y autores, conformado bajo estrictas posturas historiográficas; todo lo contrario y ahí alcanza contemporaneidad y atractivo el texto con más de cuarenta años de existencia: el narrador define las artes poéticas, por ejemplo, de Cirilo Villaverde o Jesús Castellanos y a partir de su filiación o no al conocido presupuesto sthendaliano, la realidad debe ser representada a través del espejo en el carromato o imaginada –he aquí su contrario– hasta hacer de ella una meta-representación.

Notemos cómo desde una perspectiva francamente lingüística, el escritor cataloga a este último como españolizante, al traspolar fraseologismos peninsulares y al aplicar un tono rural yuxtapuesto a una realidad no menos estereotipada, pues «[...] el país habría nacido en 1902 con una personalidad adánica [...] nada nos unía al pasado [...] En los primeros textos escolares no aparecía el nombre de Martí; los poetas, ensayistas y narradores del siglo XIX permanecían inéditos o sin reeditar», a tal punto de negarse en cenáculos intelectuales la auténtica cultura nacional y de rechazarse lo que sería un tema explayado en la vanguardia de los años treinta: el negro.

A propósito, Luis Felipe Rodríguez significa un parteaguas en cuanto a la asunción de un tono popular que desdeñó al fin el españolismo literario; y Pablo de la Torriente Brau, si tomamos en cuenta su experimentación textual en su consciente modernidad.

Retomemos a Lourdes Casal: *Pero Nueva York no fue la ciudad de mi infancia/no fue aquí que adquirí las primeras certidumbres,/ no está aquí el rincón de mi primera caída,/ ni el silbido lacerante que marcaba las noches.*⁴ La sujeto resucita un tema tan atractivo a la mística española: la estigmatización como conexión verdadera a un pasado secreto y pendiente a recuperarse con la muerte. Mientras ve pasar la ciudad como ardid cinematográfico, el personaje del poema traza un campo semántico de raigambre dolorosa: certidumbre, caída, silbido lacerante. «Nación y diáspora», el tercer capítulo, se inaugura con una reflexión amniótica: Heredia, que de adulto solo vivió alrededor de seis meses en la isla, es el fundador de las metáforas nacionalistas que fueron guía para posteriores promociones de poetas cubanos. Desde la Avellaneda y Zenea, hasta Guillén y Kozer, el discurso diaspórico se escinde en variantes ontológicas: exilio interior, exilio como redescubrimiento patrio o como expulsión del paraíso.

A pesar de que varias firmas, entre ellas la de Víctor Fowler, se han ocupado de imbricar la literatura cubano-americana en la simbología cultural de la nación, debemos a Ambrosio Fornet, no sólo una ardua preocupación por mostrar dossieres al lector cubano, de la diversa y compleja escritura antes aludida, sino que en sus revisitaciones a esta problemática apreciamos una dialéctica reflexión sobre nuestro proceso nacional de la cultura, despojada de focalizaciones *lights* o falsamente sentenciosas.

Si bien en los sesenta se identificaron Nación y Revolución y, por tanto, todo lo concerniente al discurso diaspórico se tornaría excluyente, el crítico descentraliza la noción de literatura cubana, de la entendida como creación geográfica y se sumerge en el enmarañado contexto plurilingüístico, donde estas escrituras tienen lugar. Acostumbrados a creernos centro, consideramos que el discurso diaspórico siempre será ancilar, marginal o a toda instancia periférico. Esta visión, muy acentuada en la crítica contemporánea insular, es derribada con hacha por Fornet; al proponer el término «latinounidense», para las expresiones dominantes del español escrito en Estados Unidos: la chicana, la neorriqueña y la cubano-americana.

La problemática se agudiza: hacia la primera década de los sesenta, existe un grupo de voces — Isel Rivero, Mauricio Fernán-

⁴ Jorge Luis Arcos: Ob. cit., p. 362.

dez, Octavio Armand, Emilio Bejel, Juana Rosa Pita – que «fundan editorialmente, en el campo de la poesía, la nueva literatura cubana de la diáspora»,⁵ y hacia finales de los ochenta otros autores, hasta ahora publicados en español, comienzan a hacerlo en inglés. La bifurcación identitaria que este hecho representa, conlleva a dar bienvenida al biculturalismo, como lo ha patentizado la escritura de Gustavo Pérez Firmat.

[...] los escritores cubanos exiliados [...] no sólo son cubanos por su lugar de origen sino también por su pertenencia a una tradición, puesto que una parte de nuestra literatura –desde Heredia hasta Martí– fue escrita en el exilio y otra –desde Novás Calvo a Carpentier– es de «génesis extraterritorial», o sea, se escribió fuera de Cuba.⁶

Por último, desearía destacar del cuarto capítulo, «Recapitulaciones», el texto «El Quinquenio Gris: revisitando el término», versión definitiva de la conferencia leída el 30 de enero de 2007 en la Casa de las Américas durante la sesión inaugural del ciclo «La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión».

El término, utilizado en la escritura por primera vez en 1987 ha servido de pivote para que otros menos autenticados redunden en una realidad socio-política donde una política cultural se impuso «por decreto y otra complementaria, de exclusiones y marginaciones, convirtiendo el campo intelectual en un páramo». Con robusta franqueza Fernet esclarece su posición militante, no por esto menos crítica de su ser ante la Revolución que muta para el bien de todos los cubanos de adentro y afuera.

El primer párrafo de la «Introducción» de este volumen de casi quinientas páginas da por adelantado que los asuntos a tratar por el ensayista no resulten atractivos para los jóvenes de hoy. Si «narrar la nación» constituyó más que hercúlea tarea, una pretensión ontológica, mi mala lectura –recordando a Harold Bloom– no sabría en este momento explicarse la historia de la literatura cubana sin aludir a esta labor, que sabiamente escogió la herediana palma real en su cubierta, como una sobrecogedora metáfora.

⁵ Ambrosio Fernet: Ob. cit., p. 275.

⁶ *Ibid.*, p. 331.